



Iglesia: ¡Anuncia a Jesucristo!
Eres luz y sal del mundo

+ Carlos Card. Osoro Sierra

Edita:

Medios de Comunicación del Arzobispado de Madrid
C/ La Pasa, 5, 28005 - Madrid

Imprime:

COFÁS S.A.



Con la colaboración de la Consejería de Educación,
Juventud y Deporte de la Comunidad de Madrid

Imagen de portada:

Mosaicos de Marco Ivan Rupnik en la sala capitular.
Catedral Santa María la Real de la Almudena.
Fotografía de José Luis Bonaño.

Puede descargar la carta en PDF en archimadrid.es

Iglesia: ¡Anuncia a Jesucristo!
Eres luz y sal del mundo

**Elegidos y bendecidos
para anunciar a Jesucristo**

Introducción unos instantes ante el icono de Emaús

Hace dos años comenzamos un Plan Diocesano de Evangelización (PDE) con una programación de tres cursos. Ha sido una gracia de Dios ver cómo el Señor nos ofrece su belleza. Cristianos de diversas comunidades parroquiales, movimientos, congregaciones y otras realidades católicas habéis hecho posible un trabajo que nos brinda un mensaje profundo de fraternidad y comunión. Una vez más, muros, barrancos, distancias y diferencias desaparecen cuando nos reunimos, ponemos en primer lugar a Jesucristo y contemplamos bajo su mirada las necesidades de los hombres y las mujeres de nuestra archidiócesis. ¡Qué bueno ha sido ver cómo en los grupos de trabajo se albergaba el Misterio! Sí, el Misterio que los sencillos hacen posible que se haga presente y que pueda ser contemplado. La Palabra de Dios, que nos ha reunido y desde la que hemos mirado la realidad, ha hecho posible que no nos quedásemos en explicaciones racionales. La Palabra entró en el corazón de tal manera que, en las reuniones de los grupos y en el Consejo Ampliado que hemos celebrado estos dos años, hemos visto cómo el Señor nos pide que lo guardemos en el corazón, pues será Él quien irradie el calor que necesita la humanidad. ¡Qué maravilla ver entrar a Dios con la astucia de quien mendiga! Eso ha ido haciendo que, con el paso del tiempo, quienes componen los grupos hayan ido llamando a otros para que vean la belleza encontrada.

Desde el primer año, hemos ido dando pasos diversos. Nuestra primera reflexión giró en torno a *La conversión pastoral para la transformación misionera de la Iglesia en Madrid*; mientras que el año

pasado trabajamos *Los desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para la evangelización hoy en Madrid*. De todo ello tenéis los datos publicados. Al final del curso, en el encuentro que he llamado Consejo Ampliado, se reunieron y valoraron todas las aportaciones de los grupos comunitarios de trabajo y reflexión. Intentamos vivir la sinodalidad en la vida de la Iglesia diocesana, desde la llamada y responsabilidad que el Señor nos ha dado a cada uno.

Nuestro empeño es que todos los miembros de la Iglesia sintamos esa múltiple llamada a la que el año pasado nos remitían los grupos: «Vivir con fuerza la pertenencia al Pueblo de Dios que está en marcha»; «poner al Señor en el centro de la misión de la Iglesia y, por eso, en el centro de nuestras vidas»; «descubrir que *eucaristizar la vida* [neologismo que utiliza san Manuel González] es central en la vida del Pueblo de Dios»; «vivir siempre nuestra fe y nuestra pertenencia a la Iglesia desde un compromiso real ante necesidades manifiestas como la falta de espiritualidad y trascendencia, el vacío interior, el desinterés por el prójimo, la necesidad de auténtica amistad y amor, el anhelo de verdad y de alegría sincera, la falta de sentido, la hartura de las cosas y el miedo al futuro».

¡Qué hondura han tenido para mí este año las aportaciones realizadas para poder recuperar la propuesta que nos hace el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*! El Papa nos alienta a «recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad del Resucitado»¹. Porque la Belleza cambia el mundo.

Siento la alegría de dirigirme a todos vosotros, que formáis parte de la Iglesia que camina en Madrid, con esta carta pastoral en la que deseo animaros vivamente a que demos espacio al misterio de

¹ EG 167

Dios en la Iglesia. Cuando esta alberga en sí misma el misterio, maravilla y atrae a los hombres. Solamente la Belleza de Dios puede atraer porque el camino de Dios es el de la atracción. Mirad cómo el Señor despierta el deseo en todo ser humano de tenerlo en la propia vida, en su propio hogar, en su corazón. Además, despierta el deseo de convocar a los vecinos, sean quienes sean, para dar a conocer la Belleza que nos ha seducido. Es como un hechizo divino. La misión nace de este encuentro sublime y bello con Dios. Tened en cuenta que el éxito de nuestro Plan Diocesano de Evangelización no se basa en la riqueza de los recursos o en la clarividencia de las reflexiones aportadas. Todo esto es bueno, pero el verdadero éxito reside en la creatividad del Amor de Dios que, cuando entra en nuestra vida, nos impulsa a regalar su Belleza. Os confieso algo que todos vosotros también sabéis: necesitamos la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación, la organización, pero sabiendo que la fuerza de la Iglesia no se fundamenta en ello, ni siquiera en sí misma; más bien está escondida en Dios mismo y por eso tiene que acercarse permanentemente a Él. No se aleja de la sencillez, y así no olvida el misterio que se explica con este lenguaje.

Vamos a comenzar el tercer y último año del Plan Diocesano de Evangelización: *El Pueblo de Dios que vive en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo*. En el fondo, estamos ante la pregunta: ¿qué nos pide Dios? Quisiera iluminar la respuesta con el icono de Emaús conocido por todos. Utilizando las palabras del beato John Henry Newman, «el cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena». No hay que ceder al desencanto, al desánimo, a las lamentaciones. Soy consciente de que estáis trabajando mucho y, muy a menudo, irrumpe la sensación de fracaso. Hacemos balance y vemos lo que

no hemos sabido hacer o en qué no fuimos creíbles y significativos (en nuestras comunidades cristianas, en nuestras familias, en la transmisión de la fe, en el trabajo realizado, que fue mucho y de largo tiempo, pero quedan pocos frutos...).

Tened delante el icono de Emaús²: los discípulos huyen de Jerusalén, están escandalizados por el fracaso del Mesías, pues aparece derrotado y humillado, incluso después del tercer día. Es el mismo misterio de quien abandona la Iglesia por otras propuestas por las que se dejó seducir. Los de Emaús también abandonan y van solos por el camino arrastrando su propia desilusión. ¿No nos pasará a veces esto en la Iglesia por lejanía a los hombres y a sus necesidades reales, por no dar respuesta a sus inquietudes, por la frialdad y exceso de autorreferencialidad, por utilizar un lenguaje demasiado rígido que no responde a las situaciones del presente sino del pasado? Como se acercó el Señor a los discípulos de Emaús, tiene que hacerlo la Iglesia. Debe acercarse a los hombres y mujeres contemporáneos y encontrarse con ellos en sus propios caminos. Sin miedo a entrar de noche y a la intemperie. Por el mismo camino que estos transitan. Y ha de entrar en conversación con ellos, dialogar con los que han huido de Jerusalén y vagan sin meta, desencantados, perdidos y decepcionados.

La globalización nos da unas posibilidades inmensas para anunciar a Jesucristo. Es verdad que la visión del hombre que tiene a menudo genera desorientación y vacío. Pero, precisamente por ello, hay que acompañar a la humanidad, y quienes somos miembros vivos de la Iglesia debemos mostrar el camino verdadero que genera encanto, ilusión, metas y tareas y, sobre todo, la propuesta del ideal de hombre y de vida que se nos revela en Jesucristo. Tomemos la decisión clara de hacer visible el rostro de una Iglesia que acompaña, que va más

² Cfr. Lc 24, 13-15

allá del mero escuchar; una Iglesia que se pone en camino y marcha con la gente, una Iglesia que sabe descifrar la noche por la que se marchan algunos de Jerusalén, una Iglesia que se hace consciente de las razones por las que la gente se aleja. ¿Qué hizo Jesús con los discípulos de Emaús? Darles el calor de su presencia. Así ha de ser la Iglesia: inflama el corazón de aquellos que se encuentra por el camino, hace posible volver a Jerusalén, acompaña a casa donde encuentran la Palabra de Dios, los sacramentos, la comunidad, la amistad del Señor, de su Madre y de los santos.

Mi carta pastoral quiere ser para todos los que formáis la Iglesia que peregrina en Madrid una propuesta real de lo que es más necesario. ¿Conocéis algo más sublime, más grande y más bello que el amor revelado en Jerusalén? La altura del amor se alcanza en el abajamiento, como lo hizo Cristo en la Cruz. ¿Conocéis algo más fuerte, audaz, bello y hondo que el poder escondido en la fragilidad del amor, de la bondad, de la verdad y de la belleza? Hemos nacido en Jerusalén, en el Bautismo. Es verdad que los desafíos son muchos, pero hay uno primero e importante: ser hombres y mujeres de Iglesia que enardecen el corazón de los que se encuentran en el camino o de los que lo buscan, porque son capaces de caminar con ellos en la noche, entrar en diálogo con ellos y compartir sus ilusiones y desencantos. Esto nos pide: a) formación: para ser creyentes capaces de descender a la noche, escuchar, acoger, tocar la desintegración del otro, sin dejar diluir o descomponer nuestra identidad; b) comunión: la verdadera unidad en la riqueza de la diversidad; no me refiero a la diversidad de ideas, sino a la diversidad y variedad de experiencias de Dios que tan bellamente se manifiesta en los altares de nuestra catedral; c) misión y conversión pastoral: la acción pastoral no es otra cosa que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia, es decir, la Iglesia da a luz, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta,

lleva de la mano. Nos hace ver sus entrañas de misericordia, que la sitúan en un mundo que tiene urgencia de comprensión, de perdón y de amor; d) la Iglesia pide libertad y respeto a la sociedad para anunciar el Evangelio íntegro, para servir al ser humano en su totalidad con obras y palabras.

I. Para la misión, un encuentro imprescindible y una elección sin componendas

«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años. [...]. Invito a cada cristiano [...]a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. [...] Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos»³.

Es verdad que no hay misión cristiana sin un encuentro radical con Nuestro Señor Jesucristo. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. En ese encuentro con el Señor, sentimos la dicha y la bienaventuranza, descubrimos en su profunda significación el texto que tantas veces hemos escuchado y meditado: las bienaventuranzas. El Evangelio de san Mateo comienza con una solemnidad única: **«Al ver Jesús al gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca les enseñaba diciendo...»**⁴. Quien se presenta es el mismo Jesucristo. El modo de hacerse presente, hablando a mucha gente, sentado y al lado los discípulos, revela la importancia de las palabras dichas por el Señor. Hemos de hacer una lectura y una meditación del texto no socio-lógica sino cristológica. Es Cristo en persona quien se presenta en nuestra

³ EG 1 y 3

⁴ Mt 5, 1-2

vida. Y lo hace mostrándose como la gran y única Bienaventuranza que puede colmar, dar sentido y promover la vida de todo hombre. De ahí también la importancia que tienen para la misión estas palabras de Jesús.

En efecto, el Señor es la primera Bienaventuranza. Las demás van referidas a nosotros en la medida en que nos encontremos de verdad con Él. Para la misión se convierte en un encuentro imprescindible y en una elección en la que no caben componendas. Del Señor, para ser creíble, solo se puede hablar *de primera mano*, es decir, desde el encuentro y la experiencia personal con Él, que es lo único esencial. Seremos dichosos, daremos pasos importantes, seremos capaces del discipulado, darlo a conocer con nuestra vida, convertirla en auténtica bienaventuranza siendo misioneros en todas las situaciones, si nos dejamos encontrar por Él, nuestra Dicha, Felicidad, Vida, Verdad y Camino.

Esta página del Evangelio cordialmente asumida es clave para mantenerse en la misión con la alegría que nace del encuentro con Jesucristo. Como nos decía el Papa Francisco, **«cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida»**⁵.

¡Qué misión nos presenta el mismo Señor hablando a todos de la verdadera voluntad de Dios! Que todos los hombres seamos dichosos y bienaventurados. El discurso empieza con la palabra *bienaventurados* y se repite nueve veces. Aparece como una proclamación, una promesa, una apelación, cuyo sentido es ¡dichosos vosotros!

⁵ EG 2

La dicha llega con Jesucristo, de ahí la urgencia de anunciarlo y darlo a conocer. En el Antiguo Testamento, esta palabra, *dichoso*, se empleaba para desear la victoria, la paz, la felicidad, para aclamar. Aquí no se desea, más bien está presente, la Bienaventuranza que es Cristo mismo. Lo han visto los hombres, lo ven hablar y actuar. En este sentido, las ocho bienaventuranzas revelan la imagen auténtica del Pueblo de Dios y dan idea cabal del perfecto discípulo de Jesús.

Me voy a detener por unos momentos en cada una de ellas, pues, como dice el Papa Francisco, **«nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!»**⁶.

En las bienaventuranzas descubrimos esa dignidad regalada por el Señor a todos los hombres y mujeres, y a la que nos ha llamado a los que formamos parte de la Iglesia. Contempla y mira si te encuentras implicado en alguna de ellas o puedes provocar la bienaventuranza en alguien que encuentres en tu camino porque llevas la vida de Cristo.

1. **«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos»**⁷. ¿Qué nos quiere decir Jesús? Se refiere a ese pobre que aprendió a ver de una forma nueva su situación, la historia, la vida..., pues no se siente desatendido ni desamparado. Es Dios mismo quien lo ha llamado. Y desde esa nueva situación ve desde, con y como Cristo. La carencia de bienes, o la abundancia, otorga un corazón nuevo que, a quien no tiene y a quien tiene, les hace vivir en la libertad, en la humildad y en la esperanza, en la

⁶ EG 3

⁷ Mt 5, 3

búsqueda y construcción de la fraternidad. Estos a los que el Señor se refiere no están descontentos ni traman ninguna estrategia humana, no son tontos, ineptos o de pocas luces. Son pobres en el espíritu y, por ello, transfieren su posición modesta o rica a sus relaciones con Dios, que los sitúa en otra perspectiva que les habla de nuevas relaciones entre los hombres, de dar, de compartir, de promover. Y a ellos les promete el Reino de Dios no porque tengan o no posesiones consigo, sino porque todo lo esperan de Dios; son libres y, lo que tienen, lo saben compartir.

2. **«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra»⁸.** ¿Quiénes forman parte de este grupo? Los que se contentan con todo, los que se conforman con la voluntad de Dios y se llenan de esperanza y benevolencia divinas. ¡Qué fuerza y dinamismo engendran los mansos, esos que se han encontrado con Jesús y a los que Él llama bienaventurados! Ellos no oprimen, no explotan, no son vengativos, no asumen la violencia para lograr sus objetivos. Saben perfectamente que Dios odia la injusticia social y juzga con dureza a los opresores orgullosos de su poder. Los mansos son sencillos y personas enteramente abiertas a Dios. ¿Qué tierra heredarán? Esa en la que se establezca la unidad entre Dios, pueblo y tierra. Una tierra de todos y para todos los hombres, una tierra en la que todos puedan disfrutar de lo que Dios puso en manos de los hombres, una tierra no de conquistadores y soberanos, sino de mansos y pacíficos que ponen a disposición unos de otros lo que son y lo que tienen.

3. **«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»⁹.** El Señor y Mesías es y anuncia la Buena Noticia para los pobres. Asimismo, debe curar los corazones que están lastimados y por eso lloran. ¿Quiénes son los que lloran? Los que presentan al Señor sus sufrimientos, sus inquietudes silenciosas en lo más hondo

⁸ Mt 5, 4

⁹ Mt 5, 5

de su corazón, los que tienen ganas, y a veces lo hacen, de dar un grito de dolor penetrante, donde hay lágrimas abundantes e infinidad de lamentos y dolor. En estos momentos en que estoy escribiendo, me comunican el atentado terrorista de Barcelona. Percibo, una vez más, el llanto por el estado perdido del mundo en el que Dios y su ley no son respetados. Es el llanto de toda persona que está en vela y tiene los ojos del Señor. Son bienaventurados los que lloran y son capaces de ver no solamente su destino personal, sino el de todo un mundo en estado de confusión y sufrimiento que, como nos dice el Papa Francisco, es una tercera guerra mundial por partes.

4. **«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados»¹⁰.** Quizá en ningún momento de la historia de la humanidad se ha experimentado y sufrido la indigencia provocadora del hambre en el mundo como ahora. A la vista de tantas escenas y casos angustiosos de hambre, surge un clamor de todo el género humano que sobrecoge. Y el Señor promete la saciedad a los hambrientos. Saciarlos completamente y para siempre. ¡Qué bien se entiende esto en la multiplicación de los panes! En manos del Señor los pocos panes que había, con los que los discípulos eran incapaces de dar de comer, saciaron a la muchedumbre. En manos de Jesucristo damos y repartimos lo que somos y tenemos. Este es el Reino que viene a hacer el Señor, el Reino que nos promete y cuenta con nosotros para hacerlo. El hambre de pan es solamente una faceta del hambre. Hay gritos que piden otro pan también¹¹. Hay otras hambres: la del espíritu, la del corazón, la de ser tal y como Dios nos ha creado. Es muy importante darnos cuenta de que la saciedad se promete a los que tienen hambre y sed de justicia. Es la justicia a la que se refirió Dios cuando hablaba de José, hombre justo, pues la justicia que hace perfecto al hombre ante

¹⁰ Mt 5, 6

¹¹ Cfr. Jn 6, 34

Dios es la justicia de quien cumple la voluntad de Dios. Dirigiendo la vida hacia Él somos justos y encontramos la justicia. Él es el Sumo Bien y la Justicia verdadera.

5. **«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»¹²**. Son los que llevan en su vida la marca del amor mismo de Dios, obran el bien, colocan la misericordia por encima del derecho, nunca viven la hostilidad contra nadie, dedican la vida a aliviar necesidades y a curar heridas, todos son prójimos y, por ello, hermanos. La paga que dan a todos los que se encuentran es hacer el bien. No viven instalados en el prejuicio o la crítica amarga, sino que no juzgan para no ser juzgados, no condenan para no ser condenados y perdonan siempre porque han experimentado personalmente el perdón de Dios. Para los discípulos del Señor, las palabras del Papa Francisco definen lo que tiene que ser nuestra vida y la misión de la Iglesia: **«La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia vive un deseo inagotable de brindar misericordia»¹³**.

6. **«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»¹⁴**. En el universo están grabadas las huellas de Dios, pero de una manera singular en la persona, imagen suya. Ella ha de ser reflejo evidente de la belleza y de la gloria de Dios. Debe atender al imperativo divino de cuidar del ser humano y darle lo que necesita para manifestar la belleza y la gloria que Dios puso en él. Jesucristo nos ofrece una manera singular de vivir esa belleza, nos da su vida, nos da su rostro; únicamente hace falta que le permitamos entrar

¹² Mt 5, 7

¹³ *Misericordiae vultus*, 10

¹⁴ Mt 5, 8

en nuestra vida. ¡Qué importancia da el Señor a tener limpio el corazón! Él nos lo limpia, nos da su gracia, nos llena de su amor, pero no para que nos lo guardemos, sino para ser reflejo de esa gracia y de ese amor. Solo los limpios de corazón verán a Dios. El Señor puso como ejemplo a los niños y nos pide que nos hagamos como ellos para entrar en su Reino. Nuestro corazón se ensucia de mil maneras, el Señor nos lo dice: «**¿No comprendéis que todo lo que entra por la boca pasa al vientre y se expulsa en la letrina?, pero lo que sale de la boca brota del corazón; y esto es lo que hace impuro al hombre, porque del corazón salen pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias. Estas cosas son las que hacen impuro al hombre. Pero el comer sin lavarse las manos no hace impuro al hombre**»¹⁵.

7. «**Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios**»¹⁶. ¡Qué bellas son las palabras del profeta Jeremías cuando nos dice que **Dios es un Dios de paz: tiene «diseños de paz, y no de aflicción**!»¹⁷ En Jesucristo se nos ha revelado la plenitud de la vida. ¡Cuántas contiendas, discordias, guerras y divisiones con características muy diferentes están hoy presentes en el mundo! Y detrás de estas situaciones, ¡cuántos seres humanos sufriendo! Niños, jóvenes ancianos, familias divididas... ¡Qué dolor ver cómo, en el mundo, está rota la unidad y perturbada la paz! La paz es un bien divino, como la justicia y la verdad. El ser humano debe seguir regalando esta prenda de salvación de la que tanta necesidad hay. Nosotros encontramos el verdadero rostro de la paz en Jesucristo. Él es nuestra paz. Él se presenta como la paz verdadera y nos dice siempre: «Daos fraternalmente la paz». En nuestra aspiración más profunda está la paz en la que Dios está incluido, junto con la creación, nuestra conciencia y las relaciones

¹⁵ Mt 15, 17-20

¹⁶ Mt 5, 9

¹⁷ Jer 29, 11

interpersonales. La paz es don de Dios y tarea humana. Por eso necesitamos la paz de Dios y estar en paz con Él. Solo así podremos ser heraldos de paz. ¡Qué importante es combatir el odio en el mundo, ser *apagaodios* y venganzas, neutralizadores de rencores y de miradas esquinadas hacia los demás que no son las de Dios! San Pablo siente una llamada especial a vivir lo que Jesucristo le ha regalado, su paz, haciéndola presente mediante el servicio de la reconciliación: **«Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y que nos encargó el ministerio de la reconciliación»**¹⁸.

8. **«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»**¹⁹. Hay una pregunta que alguna vez me hicieron: ¿se puede ser perseguido por causa de la justicia de Dios? Con toda rotundidad hemos de decir que sí. Cuando se tiene hambre y sed de ella y hacemos de nuestra vida una entera entrega a Dios, cuando tratamos de vivir en la pureza de corazón y de intenciones queriendo imitar a Jesús, si aceptamos con todas las consecuencias la llamada de Jesús, con seguridad podemos ser perseguidos. **«Al pasar, vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: “Sígueme”. Él se levantó y lo siguió»**²⁰. Jesús nos está pidiendo que nos descen-tremos de nosotros mismos para poder entender la justicia de Dios y acogerla en nuestro corazón. Es lo que hizo con Mateo. Lo sacó de su justicia y comodidad. Muchos, especialmente los fariseos, al ver a Jesús en casa de Mateo, preguntaban a los discípulos: ¿cómo es que vuestro maestro entra a comer en casas de injustos y pecadores? La respuesta del Señor es contundente y clara: **«Misericordia quiero y no sacrificios: que no he venido a llamar a justos sino a pecadores»**²¹. Su justicia trasciende los baremos humanos, pues

¹⁸ 2Cor 5, 17-18

¹⁹ Mt 5, 10

²⁰ Mt 9, 9

²¹ Mt 9, 13b

se dirige a cambiar el corazón, abrirlo en canal a las necesidades del prójimo y a hacer que sea configurado por la justicia de Dios.

9. **«Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros»²².** Adentrarse por el camino de Jesús trae consecuencias: insultos, calumnias y persecuciones. Ese camino hace tales cambios en el corazón humano y en las relaciones sociales que muchos no lo entienden cuando se vive con coherencia y fidelidad. Pero es un camino de salvación para todos, el verdadero camino que hace nuevas todas las cosas y regala la novedad que necesitan este mundo y esta historia. ¿No recordáis lo que le pasó al Señor ante el Sanedrín, cómo fue difamado y cómo en la Cruz fue insultado y objeto de mofa? Seamos valientes para no cronificarnos en el desánimo, la tristeza o la lamentación continua. Sepamos esperar la soberanía de Dios, y no solamente con vistas a un tiempo futuro. En el momento presente vivimos persecuciones y calumnias contra los cristianos en muchas partes de la tierra. La vida plena que nos ofrece Jesús es rechazada y quienes la defienden son difamados, se vuelven objeto de burlas y discriminaciones y, en algunos casos, hasta les arrancan violentamente la vida. **«Habiendo llamado a los apóstoles, los azotaron, les prohibieron hablar en nombre de Jesús, y los soltaron. Ellos, pues, salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquél ultraje por el Nombre. Ningún día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, anunciando la buena noticia acerca del Mesías Jesús»²³.** La bienaventuranza es el sello de que el Señor finalmente triunfa, a pesar de que puede parecer lo contrario. Los cristianos, en la adversidad, escuchamos sus palabras que nos esponjan el corazón: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»²⁴.

²² Mt 9, 11-12

²³ Hch 5, 40-42

²⁴ Mt 14, 27

II. En las entrañas de la misión

El encuentro con quien es la primera Bienaventuranza nos lanza a descubrir dónde están las entrañas de la misión y muestra lo que debe ser la vida de un discípulo misionero. Hay una página del Evangelio que de una manera sencilla, recogiendo unas sentencias del mismo Señor, a través de las imágenes de la sal y de la luz, nos regala unas palabras en las que podemos ver esas entrañas. Nuestro Señor nos indica que quienes se han encontrado con Él, lo expresan y manifiestan con sus palabras y con sus obras. Y lo hacen de tal manera que se nota en el mundo, se convierten en fermento de una humanidad nueva. Son *sal*, es decir, dan sabor a esta humanidad y son *luz*. Iluminan de una manera tan fuerte la humanidad que desaparecen todas las oscuridades. Es la novedad del Reino, es la liberación que trae el Reino. De ahí que ser discípulo del Señor es ser discípulo-misionero. Es como si Jesús mismo nos dijese y nosotros aceptásemos la fuerza de sus palabras que hacen patente la fuerza transformadora del Evangelio.

1. Experiencia fundante: ser discípulo misionero es dar sabor a toda la humanidad y luz a todos los hombres.

Importa que acojamos las palabras del Señor en nuestro corazón para ver y contemplar las entrañas de la misión: **«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y**

que alumbre a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos»²⁵. Es un pasaje del Evangelio donde la dimensión misionera aparece con toda nitidez. ¡Qué importante es descubrir que creer es saberse enviado! La misión es un signo y una condición de la fe, es consustancial a ella. La misión pertenece a la identidad del discípulo y de la comunidad cristiana.

Por otra parte, ¡qué fuerza tiene para nosotros descubrir la dimensión universal de la misión! Es toda la tierra, es el mundo entero, es toda la humanidad sin distinción. Aquí está la fuerza de la *catolicidad* y su origen: en salir a todos los hombres, a todos los lugares, a todos los caminos. Esto es lo que hicieron en el inicio mismo de la Iglesia los apóstoles. A ello les urgió el Señor cuando, después de la Resurrección, en el monte de Galilea, les dijo: **«Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»²⁶.** ¡Qué fuerza, densidad y dinamismo tienen estas palabras! Llamados a ser un signo de Dios y de su Reino ante todos, no podemos esconder, ni encorsetar, ni poner límites a quien es la Buena Noticia, Nuestro Señor Jesucristo.

Entremos con más hondura en estas palabras:

«Sois sal de la tierra». ¡Qué tarea más bella es dar sabor a esta humanidad! Poner sal a la vida es poner lo que Jesús entregaba. Las gentes a su lado percibían una novedad única, sus vidas tenían sabor y una gracia desconocida hasta entonces para ellos. Quienes le oían hablar y entendían sus palabras captaban la frescura de su

²⁵ Mt 5, 13-16

²⁶ Mt 28, 18-21

mensaje y el simbolismo de la sal. Comprendían que el Evangelio regalaba una manera de vivir gozosa, intensa, rica, fecunda, que hacía mirar siempre hacia los demás, que no retenía la vida en ellos mismos, sino que, al contrario, les hacía salir de sí. Una de las tareas más necesarias y urgentes que tenemos los discípulos y misioneros es volver a salar nuestra vida de fe al calor fuerte del Evangelio, en la oración y viviendo fraternalmente. Dar sabor es aprender a vivir de una manera diferente y completa todo: la vida, la muerte, la convivencia, el trabajo, la soledad, la fiesta, la alegría, la tristeza.

«**Sois luz del mundo**». En el Evangelio de san Juan, Jesús dice de sí mismo, «**Yo soy la luz del mundo**»²⁷; aquí los discípulos somos la luz del mundo, como indica Jesús. ¿Qué luz damos? ¿A quién llega esa luz? ¿Somos ese *grupo estufa* cuyo calor termina en los que son y piensan como nosotros? El Señor nos pide mucho más. Quiere que seamos esa luz que Cristo da, que elimina todas las oscuridades de la vida de los hombres, una luz que entra en todos los rincones del ser humano, en todas las situaciones y en todos los caminos de la humanidad. De ahí que debemos hacernos algunas preguntas importantes: ¿Somos Buena Noticia para todos los hombres? ¿Somos un signo evidente de la presencia del Reino? En la sociedad en la que vivimos, ¿damos los cristianos una luz diferente ante las situaciones y los problemas que viven los hombres? ¿Purificamos? ¿Sanamos? ¿Liberamos? ¿Damos certezas o introducimos dudas? ¿Ofrecemos esperanza o transmitimos desesperanza? Responder estas cuestiones nos puede ayudar a descubrir si somos luz o prolongamos la oscuridad. Los discípulos misioneros se han de convertir en la luz del mundo, son ciudad que no puede ocultarse; tienen que verse, se tiene que notar su presencia, no van con luz propia, van con la que les ha dado Jesús. La luz, según las palabras del Señor, son las «buenas obras»: no son ideas o pensamientos, es la fe vivida, la fe infiltrada en la vida y en todas las acciones.

²⁷ Jn 8, 12b

2. La misión es el corazón del Pueblo cristiano, que vivifica, levanta y sana

Quiero recordar con gratitud inmensa las palabras que se dijeron al final de la Asamblea del Sínodo del año 1974: «**Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia**»²⁸. Tarea y misión que acogemos con gusto todos los que formamos parte de la Iglesia, porque sabemos que, como muy bien nos decía el Papa beato Pablo VI, «**evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda**»²⁹. Como vengo diciendo, estamos en un momento nuevo de la historia de la humanidad y es necesario que la Buena Noticia que es Jesucristo mismo llegue a todos los ambientes en los que viven los hombres. De ahí que el encuentro con Él sea imprescindible. Conocer al Señor es necesario porque, si no lo conocemos, ¿a quién o qué anunciamos? Para que exista humanidad nueva, hacen falta hombres nuevos, marcados con la novedad del Bautismo y con una vida guiada por el Evangelio como nos dice el apóstol: «**Despojaos del hombre viejo y del anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas**»³⁰.

¿Qué cristianos y qué comunidades hemos de ser para hacer posible que la evangelización llegue a todos los sectores de la humanidad y alcance el corazón de todas las personas para hacer realidad el sueño del Papa beato Pablo VI? En efecto, se trata de «**alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de**

²⁸ Cfr. Declaración de los padres sinodales, n. 4 (26 de octubre 1974)

²⁹ EN 14

³⁰ Ef 4, 22-24

la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación»³¹.

Nuestras comunidades cristianas tendrían que tener estas características:

a) Un marco referencial. Cristianos y comunidades engendradas por las categorías pastorales de Cristo: el encuentro y la cercanía: ambas expresan y manifiestan lo que es la Iglesia de Cristo, que prolonga la misión de Él en medio de los hombres. Estas características aparecen claramente en el Evangelio. Son lo que vive y hace Nuestro Señor Jesucristo. Durante su ministerio público, se hace cercano a los hombres, se encuentra con ellos y ellos perciben la caricia de Dios en sus vidas. Una pastoral que privilegie principios, conductas, normas y procedimientos organizativos se vuelve lejana y no toca el corazón de los hombres. Urgen comunidades cristianas que susciten una presencia eclesial en la que se dé la cercanía a las personas en la situación real en que se encuentren, que generen ternura e incondicionalidad en el encuentro personal. En definitiva, que hagan de la misericordia un principio fundante de toda nuestra acción pastoral, pues **«la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia».**

b) Unas comunidades que manifiestan que la Iglesia es madre para todos los hombres, brindando gratuidad, con el ardor que viene de una comunión viva con Cristo: hemos de ser conscientes de que, en nuestro mundo, hay muchos heridos y hemos de ir en su búsqueda no con la fuerza de nuestros convencimientos bien cimentados y dispuestos a convencer, sino con la fuerza y la coartada del Señor. Pertrechados con nuestra entrega y cariño, y las convicciones que nacen de un encuentro permanente con Jesucristo que

³¹ EN 19

nos fuerza a ser humildes y cercanos. Convencidos de que si el Señor no se cansa de perdonar, yo no tengo otra alternativa. Qué belleza tienen las palabras del Papa Francisco cuando nos dice: **«Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. [...] Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor»**³². Son palabras que vencen, pues la misión ni es una parte de mi vida ni un adorno, ni un apéndice o un momento; es algo que, si quito, me destruyo. Utilizando una expresión del Papa Francisco, cada cristiano debiera saber definirse así: **«Yo soy una misión en esta tierra, y para esto estoy en el mundo»**³³. ¡Qué hondura más extraordinaria adquiere el saber que somos de parte de Dios! Nada más ni nada menos que ser Iglesia, Pueblo de Dios, llamado a ser fermento del Señor en medio de la humanidad. Aquí conviene recordar lo que el Papa beato Pablo VI nos decía: «Al mundo hay que salvarlo desde dentro». Por eso nuestras comunidades cristianas tienen que manifestar lo que es la Iglesia, un **«lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo puede sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio»**³⁴.

c) Unas comunidades cristianas que ardan en el deseo de vivir en conversión permanente, para así brindar misericordia, tener el corazón abierto y mantener sus puertas siempre abiertas. Hay que volver a meditar lo que el Concilio Vaticano II nos dice sobre la conversión pastoral: **«Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad»**³⁵. Y desde esa llamada, ver que brindar misericordia es seguir las huellas del Señor, un auténtico imperativo,

³² EG 274

³³ EG 273

³⁴ EG 114

³⁵ Concilio Vaticano II, *Decreto Unitatis redintegratio sobre ecumenismo*, 6

«saber adelantarse, tomar la iniciativa sin miedos, salir al encuentro, buscar a los que están lejanos y llegar a todos los caminos para invitar a los excluidos»³⁶. Nunca cerremos el corazón a nadie. Para ello necesitamos hacer un trasplante de corazón como recordé en la Misa crismal a todos los sacerdotes en el año 2016. Sí, hemos de tener el corazón de Cristo, abierto a todos, porque todos caben en él. Solo así seremos capaces de decir lo que haya que decir a todos desde una conciencia bien formada, pero sin excluir ni cerrar a nadie nuestro corazón. Lograremos constituir comunidades con las puertas abiertas, no solamente las de los templos, también las de la participación corresponsable en la vida eclesial. Igualmente las de los sacramentos y, como nos dice el Papa, especialmente el sacramento que es la *puerta*: el Bautismo. Puertas abiertas también a quienes quizá no tienen ninguna por la que entrar, pero encuentran la de la Iglesia entornada, como son los pecadores, los pobres, los excluidos y los enfermos.

d) Unas comunidades cristianas que anuncian a Jesucristo desde la experiencia personal y eclesial: os decía al comenzar mi carta hablando de Jesucristo que Él es la Bienaventuranza predicha y que, para anunciar la Buena Nueva del Evangelio, es imprescindible un encuentro con Él con todas las consecuencias. Se trata de dejarle entrar hasta el fondo de nuestra vida, permitir que ocupe nuestra existencia para descubrir que somos bienaventurados en cualquier situación en la que estemos, ya que la dicha y la felicidad llegan a nuestra vida cuando nos encontramos con Él. Precisamente por eso, para anunciarlo hay que conocerlo, y para conocerlo tenemos que tener un encuentro con Él. Sin este encuentro, tenemos el peligro de presentar como buena noticia a un Dios *mal noticiado*. Presentemos al Dios que se nos revela en Jesucristo. Hagamos este anuncio considerando las palabras del Papa Francisco: **«existen defectos,**

³⁶ EG 24

imperfecciones, pecados; también el Papa los tiene, y tiene muchos, pero es bello que cuando nos damos cuenta de ser pecadores encontramos la misericordia de Dios, que siempre nos perdona. [...] Hay quien dice que el pecado es una ofensa a Dios, pero también una oportunidad de humillación para percatarse de que existe otra cosa más bella: la misericordia de Dios»³⁷.

e) **Unas comunidades cristianas que animan siempre a los hombres a entrar en la Iglesia y a ser miembros vivos muestran con claridad la Puerta de entrada que es el mismo Jesucristo:** jamás se cierra Jesús a nadie. Vemos en el Evangelio que, cuando se dirige al pecador, le manifiesta que no está excluido, que por ser pecador es un preferido del Señor, que lo quiere y se encuentra con él para perdonarlo. La imagen que nos da Jesús de Dios es la de un Dios que espera siempre, que lo hace para abrazarnos y perdonarnos. Es la imagen de un Dios que está siempre con los brazos abiertos para acogernos, amarnos, levantarnos, animarnos, perdonarnos, tocarnos con su misericordia que nos da nueva fuerza para seguir caminando. Esta experiencia es la que vivieron tantos en el Evangelio. Recordemos a la pecadora a la que intentaban lapidar, a Zaqueo, a la samaritana. En una de las predicaciones del Papa Francisco decía que **«si acojo su amor estoy salvado, si lo rechazo me condeno, no por él, sino por mí mismo, porque Dios no condena, Él solo ama y salva»**³⁸. ¡Qué fuerza de amor experimentado en nuestra vida tiene esta expresión que nos decía el Papa en Río: **«Dios nos juzga amándonos»!** Seamos comunidades cristianas que vivimos desde la lógica de la Cruz, que es la lógica del amor, de salir de nosotros mismos. Como Jesús, compartamos la pasión por todos los hombres y estemos dispuestos a padecer por todos. Volvamos siempre a la Puerta, a Jesús, con nuestra vida a cuestas. Él nos sana y nos hace salir a curar a todos los que encontremos por el camino.

³⁷ Audiencia general del Papa Francisco, 29 de mayo de 2013

³⁸ Vía crucis en el Coliseo, 29 de marzo de 2013

f) Unas comunidades cristianas que expresan lo que es la Iglesia: comunión y misión. La debilidad siempre llega a la Iglesia cuando estamos divididos. Ser sal de la tierra y luz del mundo pasa necesariamente por estar unidos, por asumir en nuestra vida el deseo de Jesucristo de que para ser creíbles tenemos que permanecer unidos, viviendo la comunión, esa que no nace de acuerdos entre nosotros, sino la que surge de la fe en Jesucristo, de la adhesión a su persona, de la unidad que engendra tenerlo a Él como único Camino, única Verdad y única Vida. En Él, desde Él y por Él somos uno. **«La fuerza de la evangelización quedará muy debilitada si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por tantas clases de rupturas. ¿No estará quizás ahí uno de los grandes males de la evangelización? [...]Evangelizadores: nosotros debemos ofrecer a los fieles de Cristo, no la imagen de hombres divididos y separados por las luchas que no sirven para construir nada, sino la de hombres adultos en la fe, capaces de encontrarse más allá de las tensiones reales gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad»**³⁹.

g) Unas comunidades cristianas animadas por el Amor mismo de Jesucristo. ¿Os imagináis a todos los cristianos haciendo vida lo que el Señor nos dice a través del apóstol san Pablo?: **«Os queremos tanto que deseábamos entregaros no solo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habíais ganado nuestro amor»**. ¡Sería todo tan diferente! El paradigma de ese amor lo encontramos en Cristo que se hizo uno de nosotros, que pasó como uno de tantos, pero dando su vida por amor a los hombres. La imagen de Cristo en la Cruz es la que debiéramos retener en nuestra vida para descubrir lo que es el amor.

³⁹ EN 77

Mirando y contemplando la Cruz descubrimos que el amor es paciente, siempre da vida al otro, que nunca es un estorbo para mí aunque altere mis planes. Es un amor de compasión profunda que me lleva a aceptar al otro como parte de este mundo, y del cual yo he de ser sal y luz, aunque sea y actúe de un modo diferente a mí. Es el amor de servicio que siempre hace el bien, del cual nos habla san Ignacio cuando nos dice que **«el amor se debe poner más en las obras que en las palabras»**; siempre da y sana, nunca siente malestar por el bien del otro; es un amor que nunca nos hace parecer superiores y evita hablar demasiado de sí mismo. Es un amor que detesta ver sufrir a los demás y espera siempre que sea el otro quien le abra las puertas de su corazón; que nunca invade al otro porque es un amor que busca el interés de los demás y no el suyo propio; que reacciona ante una injusticia y excusa siempre al otro y, por eso, perdona siempre. Es un amor que busca incansablemente la verdad y se alegra del bien del otro; crea confianza, da libertad y renuncia a la posesión del otro o a su dominio. Es un amor que nunca desespera sino que espera siempre y contempla al otro con la mirada de Cristo porque es amor a pesar de todo⁴⁰.

El anuncio de Jesucristo es misión de la comunidad creyente. **«La evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional. Propongo detenernos un poco en esta forma de entender la Iglesia, que tiene su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa»**⁴¹. Es un pueblo para todos, con muchos rostros y en el que todos son discípulos misioneros. ¿Qué nos pide el Señor a cada uno de nosotros?

⁴⁰ Cfr. 1 Cor 13,4-8

⁴¹ EG 111

III. Con los discípulos misioneros convencidos de ser evangelizadores con espíritu para la misión

1. Siendo un discípulo misionero *católico*, es decir, abierto a todos: la Iglesia no puede abandonar al hombre

El discípulo misionero se acerca a todas las culturas, a todas las concepciones ideológicas, a todos los hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Se aproxima con aquella estima, respeto y discernimiento que desde los tiempos apostólicos distinguió la actitud misionera. Comienza siempre con un sentimiento de profunda estima frente a lo que había previamente en el hombre, porque la misión no es nunca destrucción, sino purificación y nueva construcción. Sabemos muy bien que ello es obra de la gracia. Los discípulos miramos siempre a Cristo, el primer evangelizador. Nosotros volvemos también la mirada a los apóstoles, a los mártires, a los confesores y a todos los santos. Peregrinos en la tierra, vivimos gozosamente el misterio de la comunión de los santos. Con ellos, seguidores de Cristo, con su mismo espíritu, queremos experimentar el resultado de fiarnos y mantenernos en Él como nos prometió: **«Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: “Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”»**⁴².

La valentía del discípulo misionero con espíritu la descubrimos de una manera evidente en el discurso que san Pablo da en el Areópago de Atenas: **«Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. Porque paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción:**

⁴² Jn 8, 31-32

Al Dios desconocido. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene, siendo como es Señor del cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas, ni lo sirven manos humanas, como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento, y todo»⁴³. ¡Qué hondura alcanza la misión del discípulo misionero cuando permanece siendo un evangelizador con espíritu! Asume con todas las consecuencias la misión de la Iglesia que desea servir a un único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo. De este modo podrá recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención. ¡Qué irradiación de vida y de amor! Es lo que más necesita este mundo: la fuerza de la verdad y del amor que se nos ha manifestado en Él.

2. Siendo un discípulo misionero abierto al Espíritu Santo

Entreguémonos a la misión siendo evangelizadores con espíritu que, como nos decía el Papa Francisco, supone ser **«evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo»**⁴⁴. Necesitamos hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y niños que salgan fuera de sí mismos. Sabemos que no lo podemos hacer por nosotros mismos; solo con la fuerza del Espíritu Santo seremos capaces de salir a anunciar las grandezas de Dios. Con esa fuerza, entenderán otros en su propia lengua, en su situación existencial, la radical novedad del Evangelio. Seamos audaces para un anuncio novedoso que ensanche el corazón humano. Apoyémonos en la oración, en ese diálogo permanente con el Señor, para no decir palabras vacías y sin alma. Anunciemos con la palabra y con la vida que nos hemos transformado ante la presencia de Dios. **«Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. [...] Sin momentos detenidos de adoración,**

⁴³ Hch 17, 22-25

⁴⁴ EG, 259

de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga»⁴⁵. Si en algún momento de nuestra vida no experimentamos el amor del Señor que hemos recibido en abundancia, busquemos tiempos para volver a dejarnos cautivar por Él. Sin esta experiencia, no podemos ser evangelizadores con espíritu, caeremos fácilmente en la tristeza, el desaliento y la crítica fácil y, al final, nos quedaremos solos y sin el amor de quien nos impulsa siempre a estar con Jesús y a estar con el pueblo.

3. Siendo un discípulo misionero que quiere hacer llegar a todos el amor de Dios

Aún recuerdo con alegría la primera encíclica del Papa san Juan Pablo II, cuando nos decía: **«El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Resucitado [...] revela plenamente el hombre al mismo hombre»⁴⁶.** ¡Qué gracia más inmensa sabernos elegidos y bendecidos para mostrar y acercar el amor mismo que es Jesucristo! ¿Cómo no celebrar la elección que el Señor hizo de nosotros para darse a conocer, hacernos miembros vivos de su Pueblo y decirnos también: id y mostrad, enseñad? La Iglesia no puede abandonar al ser humano, esté donde esté. No puede dejar de mostrarle la plena verdad de su existencia, de su ser personal y comunitario. El hombre es el camino primero que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión. Este camino viene trazado por el mismo Jesucristo, y Él nos conduce en ese camino a través del misterio de la Encarnación y de la Redención.

⁴⁵ EG 262

⁴⁶ RH 10a

La tarea es complicada para nosotros, pero ¡qué fácil le resulta al Señor! Él quiere salir al encuentro del hombre en todas las épocas, también en estos momentos y circunstancias de la historia, para acercar su amor a todos y para hacerles sentir y vivir lo que más necesitan. El Señor lo hace siempre con las mismas palabras: **«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»**⁴⁷. Conociéndole a Él, conocemos la verdad del amor. La verdad es Él. Y la verdad es que, sin amor, el ser humano no puede vivir. Conozcámosle a Él, sintamos su presencia, vivamos en su presencia. Esto no son simples palabras que suenan bien. Es la realidad más grande que existe: solamente el amor de Dios nos libera y elimina las esclavitudes en las que caemos. Solamente una respuesta clara a este amor nos construye. Sus palabras nos exigen y nos comprometen a tener una relación honesta con la verdad. Sin una cordialísima relación con ella, no existe libertad o esta queda deteriorada. A mí siempre me impresionaron las palabras del Señor ante Pilato cuando le preguntaron acerca de la acusación que le hacían. Jesucristo respondió con una contundencia y seguridad que imponen: **«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad»**⁴⁸. Pero también es cierto que esto no solamente lo debemos decir con palabras, sino que se ha de manifestar con nuestras obras.

Como nos dice el Papa Francisco, **«es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una resistencia activa»**⁴⁹. Pero no vale decir, para justificar nuestros miedos y nuestras inseguridades, que esta época nuestra es más difícil. No es más difícil, es distinta. Lo que sí es cierto es que requiere discípulos misioneros que no vivan en el lamento permanente, que aprendan de los santos de todas las épocas, que afrontaron muchas dificultades, y con sus vidas dieron

⁴⁷ Jn 8, 32

⁴⁸ Jn 18, 37

⁴⁹ EG 263

respuestas coherentes, valientes y creativas a los desafíos que se les presentaban. Os invito a que os pongáis delante de un santo de vuestra mayor devoción y a que leáis algún escrito suyo. Estoy seguro de que nos avergonzaremos de nuestras quejas acerca del momento que vivimos, y sentiremos la invitación a tener coraje para enfrentarnos a él igual que los primeros cristianos. Para Dios no hay paréntesis en la historia. Hoy nos acompaña la fuerza del mismo Espíritu Santo que nunca abandona a su Iglesia.

4. Estando convencido de que es discípulo misionero si vive con entusiasmo y la convicción de que en todos los seres humanos hay hambre por conocer la verdad

¡Cuántas veces hemos dicho que no se puede hacer nada! ¡Cuántas veces tenemos la tentación de retirarnos de ciertos campos apostólicos! En el fondo, todo ello sucede porque no nos acabamos de creer lo que el Papa san Juan Pablo II nos decía: **«El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza»**⁵⁰. La tristeza, el desaliento, la inseguridad, el decir «no puedo más», responden a no creernos ni tomar en serio que hemos sido creados para la amistad con Jesucristo y para el amor fraterno. ¡Cuántas situaciones en nuestra vida y en nuestra cultura tendrían otra solución con cristianos convencidos de esta realidad que somos!

No busquemos salidas que esquiven la realidad fundamental que somos y tenemos. La identidad fundamental del Pueblo de Dios es

⁵⁰ RM 45, cit. en EG 265

la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo. Su ley es amar como el mismo Cristo nos amó. Su destino, el Reino de Dios que el Señor comenzó y llevará a la perfección al final de los tiempos. ¡Qué maravilla ver al Pueblo de Dios siendo ese germen de unidad, esperanza y salvación para todos los hombres! ¡Qué serenidad provoca en el corazón descubrir cómo Cristo hace de este Pueblo de Dios una comunión de vida, amor y unidad y lo asume como instrumento de redención universal y lo envía como luz del mundo y sal de la tierra!⁵¹ ¡Qué alegría provoca en nuestro corazón sabernos llamados a la pertenencia eclesial por pura gracia! Ni somos mejores que nadie ni más inteligentes, ni con determinadas cualidades o pertenecientes a una raza especial. Somos iguales que el resto de la humanidad, con niveles distintos de inteligencia, con cualidades muy diferentes y de todas las razas y culturas. Somos pura gracia de Dios a la que tenemos que responder. **«Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar»**⁵².

⁵¹ Cfr. Mt 5, 13-16

⁵² EG 273

IV. Con las armas para la misión, realizando el bello escándalo de la caridad que provoca el amor de Dios

1. El arma de la paternidad y de la fraternidad. Acoger la atmósfera vital que Jesucristo nos ha regalado para la misión

Me refiero a la que el Señor nos regaló a través del padrenuestro⁵³. Muchas veces nos hemos quedado en repetir esas palabras que salieron de los labios de Jesús, pero, de lo que se trata y quiere el Señor, es de que vivamos desde esa atmósfera que tiene unas claves fundamentales:

a) **Padre nuestro.** Todos los hombres somos hijos de Dios, tenemos un Padre y, por tanto, todos los hombres somos hermanos.

b) **Que estás en los cielos.** Para encontrarnos con ese Dios Padre y con todos los hombres como hermanos, necesitamos salir de nosotros mismos y mirar a lo alto.

c) **Santificado sea tu nombre.** La santidad de Dios inunda el universo, las huellas de Dios están en todas las partes, todo salió de sus manos. Donde mejor se ven esas huellas es en el ser humano, pues fuimos creados a imagen y semejanza de Él.

d) **Venga a nosotros tu Reino.** Estamos deseosos de que el Reino de Dios se haga presente, de que llegue y nos alcance, pues los reinos de este mundo, los que construimos los hombres, no nos hacen vivir como hermanos.

⁵³ Cfr. Mt 6, 9-13

e) **Hágase tu voluntad.** Deseamos, necesitamos que la voluntad de Dios se cumpla y por ello le decimos: «Hágase tu voluntad». Es decir, le prestamos nuestra vida para que, a través de nosotros, se haga y se realice lo que Dios quiere, su proyecto de amor para la humanidad. Por eso le decimos: «Aquí me tienes, Señor», «aquí estoy».

Las demás expresiones del padrenuestro son peticiones que responden a un modo de ser y vivir los hijos de Dios.

2. El arma de la confianza y de la fe. Vivir la misión confiados en la fuerza y en el poder de Dios

La tempestad calmada⁵⁴ es una expresión clara de la petición que el Señor nos hace para vivir confiando en Él. Es verdad que pueden surgir momentos de oscuridad, de tinieblas, de dificultades de todo tipo, las que nos llegan por nuestros propios límites y las que nos llegan por las diversas circunstancias en las que vivimos los hombres. La tentación es perder la confianza, creer que vamos solos, aun cuando el Señor nos ha asegurado que nunca nos abandonará, que siempre estará con nosotros. Que siempre tengamos la valentía y el atrevimiento para dirigirnos al Señor y decirle como los discípulos: **«¡Señor, sálvanos, que perecemos!»**. Y que también tengamos los oídos y el corazón abierto de tal manera que oigamos al Señor que nos vuelve a mirar penetrando nuestro corazón para decirnos con inmenso amor: **«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?»**. Contemplemos nuestra vida y descubramos que, cuando nos dejamos conquistar el corazón y la vida entera por el Señor, somos otros, y la realidad ha cambiado: **«Vino una gran calma»**.

⁵⁴ Cfr. Mt 8, 23-27

3. El arma del ardor evangélico de la misión. Vivir la misión y pasión del sembrador de la parábola que reparte semillas por todos los lugares donde pisa

Lo más necesario es estar disponibles para sembrar⁵⁵. Esto lo podemos hacer todos los discípulos y ahí identificarnos como misioneros. No miramos el éxito, solo nos ocupa que en toda la tierra caiga la semilla. El sembrador salió a sembrar. Esta es nuestra tarea. Los resultados de la siembra los da el Señor. Que la semilla caiga al borde del camino, en terreno pedregoso, entre abrojos o en tierra buena, no depende de nosotros. De nosotros depende que sembremos, que vayamos a los caminos por donde están los hombres y anunciemos el mensaje. Los resultados de la siembra no dependen de nosotros. Lo nuestro, lo que nos manda el Señor, es que salgamos y sembremos. Lo demás lo hace Él. Nunca caigamos en la tentación del desánimo por los malos resultados obtenidos. Valoremos lo que hacemos por el amor que ponemos en todas las cosas y por la capacidad que tenemos para entregarnos a mostrar el rostro de Dios a nuestros contemporáneos.

4. El arma del amor a todos los hombres. Realizar la misión permitiendo vivir y contemplar todas las maravillas que Dios obra con quienes nos encontramos

Hay una parábola que a mí siempre me impresionó y que he guardado en mi corazón para la misión que en diversos lugares y circunstancias he tenido que llevar a término. Me refiero a la parábola del trigo y la cizaña: **«El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio**

⁵⁵ Cfr. 13, 3-23

del trigo y se marchó»⁵⁶. Ya desde el mismo inicio de la evangelización, el Señor quiso hacernos ver lo importante que es percibir las maravillas de Dios que se hacen presentes en toda la realidad. Es cierto que, junto a esas maravillas, aparece el mal. Junto al trigo crece la cizaña. ¿Qué quieren los criados? ¿Qué hace el dueño del campo? Demasiadas veces nuestras estrategias pastorales se parecen a las de los criados: nos dedicamos a arrancar anticipadamente la cizaña, a señalar exclusivamente lo negativo, a destruir, sin más, lo que confunde. Sin embargo, el dueño actúa de manera bien diferente. Los criados piden una reacción rápida y fulminante: la del enfrentamiento y la confrontación, la del acoso y la impugnación sistemática: **«¿Quieres que vayamos a arrancarla?»**. El propietario del terreno, que representa a Dios, dice: **«Dejadlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arracad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero»**. Es la estrategia de quien sabe que el poder es de él y se manifiesta en el paciente esperar. No quiere agredir. Desea provocar con su mirada que se den cuenta del mal y sus consecuencias, y se conviertan.

5. El arma de prestar la vida a todos los hombres para que vivan. Vivir la misión dejando espacio a todos

La parábola del grano de mostaza⁵⁷ es de una fuerza extraordinaria para ver cómo, desde nuestra pequeñez e insignificancia, podemos hacer grandes obras. La semilla de mostaza es diminuta y simple. Puede compararse con nuestra vida. Somos pequeños, con muchas incapacidades, pero la fuerza, el amor y la gracia de Dios la hacen muy grande. Si en nuestra vida entra el amor de Dios tal y como se nos ha manifestado en Jesucristo, seremos capaces de acoger a todas las personas sin distinción: **«Se hace un árbol hasta el punto**

⁵⁶ Cfr. Mt 13, 24-30

⁵⁷ Cfr. 13, 31-32.

de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas». Tan grande se hace y se muestra nuestra vida que nos da capacidad para hacer cosas inimaginables para nuestras pobres fuerzas. Prestar lo que somos y tenemos a todos los hombres, sean quienes sean, con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, genera un dinamismo imparabile y capaz de regalarnos lo que no nos atrevemos ni a pedir.

6. El arma del humanismo cristiano, convencidos de que es un bien personal y social y que cambia la dirección de la humanidad

Me fijo en la parábola de la levadura⁵⁸. En la secuencia de la Misa de Pentecostés, se le invoca así: **«¡Ven Espíritu Santo! ¡Ven! Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo. Lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo. Doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero».** ¿Por qué traigo a colación esta secuencia? Porque la parábola de la levadura me hace recordar lo que es la Iglesia en medio del mundo. Como en Pentecostés, sigue saliendo a los caminos de los hombres con la fuerza del Espíritu Santo y entrega la novedad de Cristo a la humanidad, fermentando una nueva manera de ser y de hacer.

7. El arma del amor mismo de Jesucristo acogido, vivido y mostrado en el camino a todos los hombres

Tres parábolas me llevan a ver lo que supone vender todo y cambiarlo todo por tener a Jesucristo. Dos de ellas nos muestran cómo se transforma el mundo y cómo se cambia el ritmo de sístole y diástole del corazón humano. La tercera nos convoca a salir en búsqueda de todas las personas sin excepción, a no constituirnos en un simple grupo de amigos o de personas que piensan todas igual.

⁵⁸ Cfr. 13, 33

La primera parábola se refiere al tesoro escondido en el campo y al hombre que lo encuentra y compra el campo⁵⁹. ¡Qué aventura más maravillosa es encontrar el tesoro que llena la vida, vender todo por tener este tesoro que es Jesucristo! ¡Cuántos tesoros acumulamos en nuestra existencia que no llenan la vida! Comprar el campo: antes no era mío, por tanto no tenía tesoro; ahora el campo es mío y es diferente: tiene tesoro. Mi vida con tesoro.

La segunda parábola es la del comerciante de perlas finas⁶⁰. Tiene muchas perlas, pero no de valor. No le hacen feliz, no dan esplendor a su vida, no le aportan lo que él necesita. Las perlas finas son todas las cosas que acumulamos y que no dan sentido a nuestra vida, ni enriquecen a quienes están a nuestro lado. Encontrar una de gran valor es haber encontrado lo que me hace feliz, lo que dinamiza mi vida y hace posible que movilice la de los demás. Esa perla de gran valor es Jesucristo. Por Él se vende todo, porque solo Él da plenitud a la existencia.

La tercera parábola es consecuencia de las anteriores⁶¹. Cuando hemos encontrado a quien para nosotros es el Camino, la Verdad y la Vida, no podemos guardárnoslo. Seríamos unos egoístas redomados. Hemos de salir a buscar a otros y lo debemos hacer sin distinción, como cuando se tira la red en el mar para pescar. A todos les ha de llegar la noticia, aunque no todos la aceptarán como el valor más grande. El verdadero discípulo misionero es el que sale al encuentro de todos. Cogido íntimamente por Cristo, enriquecido por Él, sale a la misión sin miedo a nadie ni a nada; convoca a todos, aunque la respuesta no sea unánime, pero hace lo que tiene que hacer porque se sabe gozoso discípulo misionero.

⁵⁹ Cfr. Mt 13, 44.

⁶⁰ Cfr. Mt 13, 45-46.

⁶¹ Cfr. Mt 13, 47-48.

Un epílogo necesario

Comencé a escribir esta carta en la fiesta de la Asunción de la Virgen María. A Ella le pedí que me diese su ayuda, que intercediese por mí para tener la sabiduría de poder presentar de una manera sencilla y comprensible lo que en este curso próximo va a ser la tarea de los que formamos parte de esta Iglesia particular de Madrid.

Os invito a leerla en un clima orante, sin prisas, donde nos dejemos tocar el corazón por el Señor. Y con el deseo de que todos los cristianos sintamos cómo el Espíritu Santo, como aconteció en Pentecostés, nos hace salir porque provoca en nosotros el compromiso apasionante de la misión.

Esta carta es la tercera del Plan Diocesano de Evangelización (PDE). Llevamos trabajando dos años. Muchos de vosotros os habéis incorporado a una lectura creyente de la Palabra de Dios que nos hacía ver lo que el Señor quería de nosotros. En el primer año del PDE tratamos *La conversión pastoral para una transformación misionera de la Iglesia*; en el segundo año consideramos los *Desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para la evangelización hoy en Madrid*; y en este próximo curso, tercero del PDE, os invito a trabajar sobre *El Pueblo de Dios que vive en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo*.

Quisiera que todos los que formamos parte de la Iglesia que camina en Madrid hiciéramos el esfuerzo de hacernos las preguntas

que siguen. De alguna manera nos ayudan a concretar nuestra participación en el anuncio de Jesucristo:

1. ¿Hacemos partícipes de la misión a todos los cristianos, cada uno en su condición? ¿Ofrecemos la Palabra y los Sacramentos con una conciencia clara y una convicción absoluta de que el Espíritu se manifiesta y actúa en ellos?

2. ¿Tenemos como criterio habitual de discernimiento pastoral servirnos de los consejos parroquiales de Pastoral y de Asuntos Económicos? ¿Son espacios reales para la participación efectiva de todas las realidades eclesiales que están en los límites de la parroquia?

3. ¿Cómo es nuestra actitud ante los problemas reales que se presentan en estos momentos en nuestra misión? ¿Somos solamente reactivos o procuramos ser pro-activos? ¿Generamos espacios reales, aprovechamos las diferentes situaciones y acontecimientos para manifestar la misericordia de Dios?

4. ¿Cómo acompañamos a las personas y a los grupos para que vayan discerniendo? ¿Ayudamos, estamos abiertos y nos damos tiempos para dejarnos interpelar por la búsqueda del bien de la Iglesia y de su misión en el mundo?

5. ¿Cómo hacemos vida en nuestras comunidades cristianas las palabras del Concilio Vaticano II: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»⁶²?

⁶² GS 1

Toda mi carta pastoral tiene un deseo: ver, vivir, contemplar a la Iglesia en su misión desde Jesucristo, porque cuando el Señor no se erige como centro, se debilita, pierde su vigor y su fecundidad. Del mismo modo, cuando pretende vanamente tener luz propia, deja de ser ese *mysterium lunae* del que nos hablan los Santos Padres.

Con el deseo de que, *entre todos, con todos y para todos*, un año más salgamos ilusionados a la misión y a encontrarnos con todos los hombres y mujeres, con gran afecto, os bendice,

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and followed by the name 'Carlos Card. Osoro Sierra' and 'Arzobispo de Madrid' written in a cursive script.

+ Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

En Madrid, en el Día del Señor, 20 de agosto de 2017



Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ Carlos Card. Osoro Sierra